¿Piropos?, no gracias. 15/11/2013

Liuba Kogan

Jefa del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Pacífico

En los últimos seis meses, nueve de cada diez mujeres entre 18 y 29 años de edad han sido víctimas de hostigamiento a través de piropos subidos de tono, tocamientos indebidos o silbidos en la vía pública limeña. Estos son datos de una encuesta elaborada recientemente por el Instituto de Opinión Pública de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

No es extraño, por tanto, que las jóvenes limeñas vean el espacio público como uno de peligro permanente, temor e inseguridad. Y por otra parte, que la calle sea percibida por hombres de todas las edades como un lugar para reafirmar su precaria masculinidad, degradando o cosificando a la mujer joven a través de palabras que generan el mismo efecto que encontrarse frente a un arma de fuego, ya que las palabras invaden el espacio íntimo, desvisten, tocan y someten.

Ante ello, la Red Peruana de Masculinidades -conformada por jóvenes profesionales- y cuyo objetivo es combatir las manifestaciones de machismo en la sociedad peruana, realizó hace unos pocos meses una intervención en calles limeñas con el fin de evidenciar cómo funciona el acoso callejero, pero sobre todo con el de desenmascarar la conducta de los hombres. Para ello, una joven ataviada con un pantalón pitillo, botines y un polo pegado al cuerpo (como se visten las muchachas limeñas), se para en una calle concurrida con un micrófono oculto. Lo que se escucha y ve es sorprendente: hombres mayores y jóvenes le lanzan comentarios sobre su cuerpo, le manifiestan sus ganas de someterla sexualmente, e incluso algunos hacen la finta de recoger algo que se les cayó, para rozarla con su cuerpo. Pero la cosa no queda allí: la brigada anti machista sigue al faltoso -grabadora en mano-, mientras dos fornidos y altos hombres le repiten lo mismo al hombre que huye … “qué rico eres”, “qué buen culo”, “ven que te hago feliz”, etc. Los hombres niegan haber dicho lo que dijeron, dicen que solo fueron galantes, que las mujeres les deben agradecer por hacerlas felices, que no se pueden controlar y que es de hombres piropear. Pero claro, cuando les preguntan si se sintieron cómodos, cuando fueron seguidos y piropeados con las mismas frases que ellos espetaron a las jóvenes, ellos responden que no.

Seamos claros, la seducción, el coqueteo y el juego erótico voluntarios no equivalen al piropo, ni al silbido o al tocamiento entre extraños en la vía pública. Sentirnos deseadas no es lo mismo que desear recibir piropos de extraños en la calle. Todos tenemos evidentemente curiosidad y deseo de apreciar a mujeres u hombres bellos en la vía pública. Pero entre el mirar discretamente y el hacerlo descaradamente, tocarlo, silbarle o piropearlo, hay un abismo: el de la cultura que nos exige controlar nuestros impulsos.

Hace falta, pues, que los limeños entendamos que la calle es de todos y todas. Pero no solo eso, necesitamos que los hombres construyan masculinidades menos precarias. Ojalá nunca escuchemos a un hombre decir –lo que escuché en un reportaje- que no le importa que piropeen a su hija en la calle porque eso es de hombres…